

“CHINA EN LA LITERATURA HISPÁNICA” DE MANUEL BAYO

Carlos Martínez Shaw

Real Academia de la Historia

Catedrático Emérito de la UNED

Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos (T.I.J.R.T.)

Manuel Bayo: *China en la literatura hispánica*, Taichung (Taiwán),

Ediciones Catay, 2013, 482 páginas.

Edición de José Ramos. Prólogo de José Ramón Álvarez.

En noviembre de 2014, los amigos de la Casa de España en Taiwán nos obsequiaron a mi esposa y a mí con este libro (editado por José Ramos, de la Universidad de Tamkang, Taipéi), que, como homenaje a Manuel Bayo (Valencia, 1940-Bad Soden, Hesse, Alemania, 2005), recogía una serie de artículos publicados originalmente por el prestigioso y estimado profesor de la Universidad Fu Jen de Taipéi a lo largo de varios años en la revista *Encuentros en Catay*, el anuario igualmente editado en Taiwán, a fin de que su obra dispersa también tuviera la difusión que merecía entre el público de habla hispana interesado en el mundo chino. Otro querido amigo, Pepe Campos, de la Universidad Wenzao de Kaohsiung, me propuso que me uniera al homenaje de la sencilla manera en que me era posible, escribiendo una reseña del libro de Manuel Bayo. Acepté inmediatamente y este es el modesto resultado de aquel compromiso, asumido en su día y cumplido hoy con el mayor entusiasmo, gracias entre otras cosas a mi identificación con la personalidad y con la obra del autor tan justamente celebrado.

Empezando por el principio, el libro consta de varias piezas que hay que distinguir para facilitar la introducción en sus páginas a un futuro lector. Primero, José Ramos explica el sentido y razón de la obra, es decir su carác-

ter de homenaje y su voluntad de recoger las piezas sueltas escritas por Manuel Bayo en que se unían los mundos que animaron su inquietud intelectual: la literatura (y particularmente el teatro) y las relaciones entre España (y en general el mundo hispánico) y China, en los tiempos pasados y en los tiempos presentes. Segundo, José Ramón Álvarez redacta un prólogo con la intención confesada de rendir tributo “a una gran persona, a un brillante profesor, a un profundo intelectual, a un amante de todo lo que llamamos Cultura”, pero para no extenderse más allá de lo prudente en este tipo de escritos liminares prefiere restringirse a la faceta de hombre de teatro que siempre marcó a Manuel Bayo, desde sus tiempos de Valencia (donde ya puso en escena a autores tan en boga en aquellos momentos como Eugène Ionesco, Jean Anouilh, Carlos Muñiz o Silvio Giovaninetti) hasta sus últimos años (en que se dedicó preferentemente a difundir el teatro español entre el público de habla china), para dejar las palabras finales a Pepe Campos, que sitúa a nuestro personaje en el surco nada menos que de Séneca en lo que toca a su actitud moral y de Sócrates en lo que se refiere a su talante vital. La tercera parte, la más extensa naturalmente, el corazón del libro, la componen los artículos que tratan de la presencia de la temática relacionada con China en la literatura española e hispanoamericana, especialmente a lo largo del siglo XX. Una cuarta sección queda integrada por un puñado de reseñas de obras actuales (de la última década de la pasada centuria), en las que China tiene un papel relevante como elemento de inspiración. Finalmente, nos queda una quinta parte, en realidad un apéndice de otros escritos que no han querido dejarse atrás.

La identificación y estudio de la presencia de temas chinos en la literatura hispana ha sido una de las tareas intelectuales más tenazmente cultivadas por Manuel Bayo a todo lo largo de su vida. De ahí que la mayor parte de los artículos incluidos en la sección central del libro se ocupen de esta cuestión, de un modo no sólo meramente indicativo o informativo, sino crítico y perfectamente contextualizado. Los autores citados son tantos que el autor irónicamente llega a hablar en el último de estos trabajos de que parecen formar una especie de listín telefónico (o incluso un “galimatías”), de modo que nosotros no debemos incurrir en la tentación de abordar de manera individualizada cada uno de los títulos, sino sólo proponer al lector

una grata inmersión en ese océano literario. Un océano en cuyas aguas navegan, por poner algunos ejemplos relevantes, novelistas de la talla de Benito Pérez Galdós (que nos desvela el mercado de piezas chinas en el Madrid de *Fortunata y Jacinta*), Pío Baroja (que nos deleita con las aventuras en los mares orientales del *Capitán Chimista*), Jesús Ferrero (que es quien con mayor ahínco ha frecuentado literariamente el mundo chino, con sus novelas *Bélver Yin*, *Opium* y *Los reinos combatientes*) o los argentinos Jorge Luis Borges (que usa constantemente a China como referencia en sus cuentos, sus poemas y sus ensayos), César Aira (*Una novela china*) y Alberto Laiseca (*La mujer en la Muralla*). Y también poetas, desde la experiencia inaugural del colombiano Guillermo Valencia (recientemente puesta de manifiesto por el gran especialista Guojian Chen, cuyo ensayo de 2014 no pudo conocer Manuel Bayo), y haciendo escala en la obra de Rubén Darío o de Ramón María del Valle-Inclán. Naturalmente, no podían faltar los dramaturgos, aunque aquí la obra más claramente chinesca sea *Cui-Ping-Sing*, una superficial *chinoiserie* de Agustín de Foxá, escrita en pleno *revival* franquista del “neoastracán”, por encima de otras producciones de autores más solventes como Alfonso Sastre o Adolfo Marsillach.

Nuevos nombres surgirán en los “amasijos” (otra deliberada deflación de sus espléndidas aportaciones) de Manuel Bayo incluidos en el volumen. Permítasenos que ante la necesidad del descarte de autores y títulos, hagamos nuestra propia selección, para subrayar nuestra perfecta coincidencia con el autor incluso en ciertas *perversiones* confesadas sin complejos (pues “uno suma ya una cantidad de años suficientes para declarar sus desvíos”), como es la incommovible admiración por Álvaro Cunqueiro (pese a su ascendencia franquista, que tanto desazona a los que siempre hemos tenido la mente y el corazón “a la izquierda”), autor que tantos mundos nos ha revelado y con el que hemos compartido incluso su filosofía de la vida y de la muerte (ese último finisterre para los gallegos y los que no lo son), muy próxima a la concepción sartriana del hombre como “una pasión inútil”, extinguida por Thánatos. Junto a Cunqueiro (que nos recordó aquel brevísimo y maravilloso poema chino de una sola línea: “Con las lanzas por almohada en espera del alba”), podemos situar a su par catalán, Joan Perucho, con *La guerra de la Cotxinxina*, que, junto a la narración de aquella desgracia-

da aventura colonialista española, tantas noticias nos ofrece sobre los sangleyes filipinos del siglo XIX). Y, aunque sin relación con la temática, también nos ha confortado el escaso aprecio del autor (también plenamente compartido) por la obra de algunos de nuestros realistas del siglo XIX: José María de Pereda, Armando Palacio Valdés y el padre Luis Coloma (a favor del Clarín de *La Regenta* y del inconmensurable Benito Pérez Galdós).

Y, para compensar, mi única discrepancia (lo cual es raro en un volumen de casi quinientas páginas), es la valoración literaria de José Rizal. Aquí las coincidencias afectan al ámbito político (el significado de la actuación del héroe, la repugnante actitud de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas españolas y la calificación de su ejecución como asesinato puro y simple disfrazado grotescamente con unos harapos legales) y también a la consideración de su segunda novela, *El filibusterismo*, lastrada por su mayor carga militante en contra del colonialismo hispano. Sin embargo, *Noli me tangere* (que recientemente un universitario español aseguró estar escrita en perfecto castellano pese a su título en “lengua tagala”, lo cual denota el drama padecido por los estudios clásicos en la España de hoy), no puede ser objeto de una descalificación tan severa (como obra de un “mediocre novelista”), pues a mi juicio se trata de la mejor novela escrita en los territorios bajo dominio español en el siglo XIX (junto tal vez con la cubana *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde), gracias a su espléndida panorámica de una comunidad desgarrada por sus múltiples contradicciones internas (económicas, sociales, étnicas, políticas, culturales, lingüísticas), a lo que se añade la tensión entre colonialismo, autonomismo e independentismo, sin dejar que esa visión global lesione la tensión propia del género narrativo ni la mirada a los múltiples objetos de la vida cotidiana que modulan la existencia tanto de los protagonistas como de los personajes subalternos. En fin, como la discusión que hubiéramos deseado (por tantos motivos) resulta imposible, me limitaré a señalar que las páginas de Manuel Bayo me han hecho reparar en dos datos que me habían pasado desapercibidos en mi primera lectura de *El filibusterismo*: el homenaje a Julio Verne implícito en el título del capítulo XVI (“las tribulaciones de un chino”) y la persistencia del prestigio y la necesidad de los pesos de plata españoles en el ámbito del Pacífico a finales del siglo XIX (como también a mediados del siglo XX, según pudimos re-

coger en la obra del cónsul norteamericano Donald Kidd, cuando en 1949 trataba de abandonar Pekín antes de la llegada del Ejército Rojo de Mao Zedong).

La sección central del libro incluye además un interesante apartado dedicado a la visión ofrecida por los viajeros españoles (e hispanoamericanos) por tierras chinas. El autor se detiene especialmente en la obra de Vicente Blasco Ibáñez (*La vuelta al mundo de un novelista*, 1924), que obtiene su beneplácito incondicional: “La amenidad del relato integra perfectamente el rigor documental y la observación aguda, así como las explicaciones históricas o artísticas” (pág. 211). A su lado, sólo se hacen acreedoras a un tratamiento relativamente pormenorizado las obras del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (*De Marsella a Tokio. Sensaciones de Egipto, la India, la China y el Japón*, 1906), José María Gironella (*En Asia se muere bajo las estrellas*, 1967) y, en menor medida, las visitas a China de varios escritores comunistas: Rafael Alberti y su esposa María Teresa León, el portentoso novelista brasileño Jorge Amado (del que Manuel Bayo cita sus dos novelas favoritas, a las que nosotros, si se nos permite la efusión personal, añadiríamos obligadamente *Os velhos marinheiros* y *Tenda dos milagres*), y Pablo Neruda, pese a las divertidísimas (e ideológicamente desinhibidas) anécdotas referidas por el gran escritor chileno.

Un buen puñado de reseñas compone la cuarta sección (aunque algunas figuren entre los “otros textos” de la sección final). Aquí, pese a sus repetidas declaraciones de incompetencia para formular un juicio sobre las mismas (en las que nadie cree, como tampoco en el final antes de la interpretación de *An der schönen blauen Donau* en los conciertos de Navidad de Viena), el autor nos ofrece unas perfectas disecciones de una serie de obras conectadas con la temática del libro, la impronta china en las obras literarias españolas e hispanoamericanas, todas ellas publicadas entre 1993 y 2000. Así se resalta la asombrosa fantasía inventada por Juan Marsé (*El embrujo de Shanghai*), la correcta recreación narrativa de José Luis Corral de las andanzas de uno de los “bárbaros geniales” (René Grousset *dixit*) de las estepas asiáticas (*La epopeya de Gengis Khan*), el humor del apócrifo ideado por el argentino Rodolfo Modern (*El Libro del señor de Wu*), las dos novelas (espléndidas a mi juicio pero no tanto al suyo) de Isabel Allende ambientadas

entre China y California (*Hija de la fortuna* y *Retrato en sepia*), el desmantelamiento de la superchería del famoso libro de Psalmanazar que pasara por verídico en la Europa de la Ilustración acometido por Frederic Foley (*The Great Formosan Impostor*, un ensayo de 1968 reeditado en 1992), la edición de dos clásicas novelas eróticas chinas que casualmente tuvimos la suerte de reseñar en su día en la prensa española (*La alfombrilla de los goces y los rezos* de Li Yu y *Bella de Candor y otros relatos anónimos*), un conjunto de absurdas adivinaciones perpetradas en nuestros días (*Horóscopo chino* de Ludovica Squirru), el magnífico ensayo de Taciana Fisac sobre la literatura femenina china del siglo XX (*El otro sexo del dragón*) y el contenido relato de viajes de José Ovejero (*China para hipocondríacos*).

Para acabar, la quinta y última sección (puesta bajo el epígrafe de “Otros textos”) incluye, junto a una evocación de la famosa “china poblana” (la historia de una mujer, de una ruta y de un vestido que ha devenido en icónico para la cultura mexicana), una espléndida y detallada introducción al complejo mundo de la ópera china o de Pekín y una ponencia en que recoge su dilatada experiencia y su titánico esfuerzo para poner el teatro español a disposición del público chino, a través de los más diversos medios, desde la enseñanza en las aulas, a las representaciones en el escenario o a las clases difundidas a través de la televisión dentro del programa que impartiera en colaboración con José Ramón Álvarez para la Universidad a Distancia.

No hubo tiempo para más. Sin embargo, ahí nos han quedado, para nuestro consuelo, esa amplia colección de escritos que han ampliado (¡y de qué manera!) nuestros horizontes intelectuales. Además, *last but not least*, a través de sus textos, hemos tenido la suerte de conocer en espíritu (ya que no en vida, aunque sí también mediante entrañables fotografías) a Manuel Bayo, de trabar una auténtica amistad con una persona que fue sin duda bondadosa y atractiva, profundamente amante de la cultura y dotada de la modestia del verdadero sabio, como se desprende de sus textos de estilo desenfadado, redactados al margen de trasnochados academicismos, dispuestos a decirnos su verdad apartando cualquier velo retórico y transidos de un hondo sentido del humor, a veces ejercido a costa de sí mismo, que es quizás la forma más elevada del humanismo. Adiós, querido amigo.